

Consiste el indigenismo de César Vallejo en mostrar a sus antepasados no como débiles criaturas sino todo lo contrario. Y esta debilidad no es sólo concerniente a la fuerza en sí, sino en lo cultural y arraigadamente religioso. El Incanato era fuerte, con unas bases que eran inmediatamente transmitidas a los pueblos que caían bajo su yugo; misión que no se interrumpió en ningún momento desde la constitución del Estado a inspiración sobrenatural de Viracocha. La llegada de Francisco Pizarro y los suyos frustró ese proyecto expansivo de dimensiones insospechadas, al que asistiríamos hoy, contemplando un mapa del Imperio del Sol copando, tal vez, toda la silueta americana. Pero el Tahuantinsuyu estaba amenazado de muerte por las disputas dinásticas de ambos hermanos, Huascar y Atahualpa, hijos de Huayna Capac. La reciente conquista de Cuzco por el segundo, no era la consumación de su poderío, pues el resentimiento era grande y la estabilidad política no iba a durar tanto. Es lógico pensar que la debilidad del Imperio en sí facilitó las cosas a los españoles y no vale la pena engrosar más la leyenda negra. Lo que sí es de recibo es poner las cosas en su justo punto y sacar el brillo necesario.

Lustre que en *Hacia el reino de los Sciris* no tiene nada que envidiar al conjunto de la obra de Vallejo, donde esta vez la poesía no ha cedido un ápice a la argumentación histórica, y antes por el contrario, hay una clara disposición de hacer el mejor indigenismo posible. Resaltando la pompa de una civilización en la plenitud de su gloria y no la presentación melindrosa de la archisabida mala historia de la conquista. Qué mejor, para alguien que se considera miembro o natural de una colectividad, que representarla con el brillo que César Vallejo hace en esta corta pero inmensa novela. Mucho mejor que si el escritor se hubiera puesto a la llorosa tarea de escenificar la captura de Atahualpa y las exigencias para su rescate. Vallejo se convierte así en un Homero quechua que teje con luminosidad el esplendor de su civilización; del otro costado de su ser. Las dos sangres nunca le abandonaron ni mucho menos le traicionaron, una en beneficio cobarde de la otra. Vallejo supo toda la vida ser indio y español, enarbolando un mestizaje hidalgo, fiel descendiente de lo quijotesco y lo quechua.

El indigenismo que desciende a ciertas arenas de combate sólo le vemos en entregas como *Tungsteno*, donde no sólo una etnia específica es víctima del atropello sino todo el cuerpo social peruano. Aquí ya vemos una colectividad indígena en una situación de arbitrariedad, pero no como resultado de su condición racial; quizá se acentúe más la explotación hacia los soras por ser un grupo humano no demasiado incluido en el resto de la comunidad y carezca de la movilidad de la gran masa mestiza. Movilidad en el sentido de conocimiento y contacto con la realidad ágil y vertiginosa del mundo contemporáneo. Sobre el sora recaerá el mayor grado de iniquidad, pagando así el alto precio por conservar una vida milenaria, su ancestral contacto con la naturaleza y realidad idiosincrática.

No obstante, no se puede hablar de esta obra como la definitiva aportación de César Vallejo al indigenismo lacrimoso a que hemos hecho referencia. No existe como tal en su obra. Jamás se apoyó en tan gratuita circunstancia para exaltar los valores de su pueblo; un pueblo que como todos los del continente americano no tiene un solo lado ni espejo para mirarse. Cualquier inclinación racial o unicultural sería desacertada y el caso personal de Vallejo es casi el de millones de hispanoamericanos. Nieto de espa-

ños e indios sabía de la fidelidad que hay que tener por ambas realidades, cabalgando a lomos de lo quijotesco, con la mirada muy en alto, buscando el calor de Inti, del padre Sol.

Lo que nunca se podrá asegurar es si esa doble militancia vallejana fue amable elixir o el cáliz que le suplicaba a España que apartara de él. El horror por el estallido de la Guerra Civil, causa en Vallejo el deber al que se sienten llamados muchos hispanoamericanos con España. Es cuando el concepto de Madre Patria cobra el lustre práctico y deja de ser un mero romanticismo achacable a lacrimosas leyendas que desean demarcarse de la negra. Vallejo acude al llamado de España, de la misma forma que lo hacen Huidobro, Neruda y muchos más, fatigando su calendario de conferencias y reuniones, material que iría a repercutir en *España, aparta de mí este cáliz*. Para todos ellos es urgente que en España se materialice el proyecto de república y liberalidad, pues lo ven como una excelente vitrina para que Hispanoamérica contemple un ejemplo que le es propio y no siga en la obligada imitación de lo anglosajón y francés. Las democracias de estos países, y más concretamente la de los Estados Unidos, eran, y son, referencia obligada pero a la que difícilmente se puede acceder; están por medio etapas históricas imposibles de eludir. El continente hispanoamericano tiene una tesitura diferente. Necesita un ejemplo de su carne y hueso y encuentra en lo español la ocasión que desde hace casi un siglo viene buscando. De ahí que la oportunidad haya que aprovecharla y en el momento del desastre, todos los mecanismos se activen.

El pragmatismo de estos poetas e intelectuales se manifiesta a la hora de diferenciar claramente entre romanticismo y realidad. Llamam a España, pero saben hacerlo y así lo constatan cuando se producen los llamamientos del general Franco al quimérico nuevo «imperio español». Vallejo reacciona, precisando lo que para él es salvable como legado común, pero inconcebible a niveles estrictamente históricos. La España preconizada por Franco no es más que la que supervive en el caciquismo hispanoamericano, su anacronismo católico y omnipotencia militar. Vallejo siente a España, al tiempo que la obliga a dar pasos gigantescos en la historia, pues es la suya propia la que está en juego y hay que salvarla a toda costa.

si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

Quizá su mermada salud le impidió tomar un fusil para defender con el fuego aquello que trataba de salvar con la pluma. Pero ahí estaba por él ese «miliciano de huesos fidedignos» que marchaba en vanguardia. Proclamando el orgullo humano, anteponiéndolo al «orgullo de raza» que exaltaban otros y del que Vallejo no abominaba en exceso, pero el que más bien traducía como botín ganado por un pueblo en la azarosa historia que le había tocado tejer. Justo lo que había que salvar: las lágrimas y derrotas anteriores para construir sobre ellas el pedestal donde se erigieran los nuevos tiempos y las «ínclitas razas ubérrimas» de su maestro Rubén Darío, supieran de libertad y democracia. La «sangre de Hispania» estaba llamada a ser más *fecunda* que nunca.

Miguel Manrique

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Homenaje a García Lorca

Dos volúmenes. 840 páginas. Julio-Octubre 1986

Contiene:

Páginas rescatadas del poeta

Un reportaje a García Lorca y Neruda (1934)

Una partitura original de José María Gallardo

Aleluyas de Antonina Rodrigo dibujadas por Gallo

Ensayos firmados por: Manuel Alvar, Andrew W. Anderson, Manuel Antonio Arango, Carlos Areán, Isabel de Armas, Urszula Aszyk, Josep María Balcells, Valeriano Bozal, Giannina Braschi, Guillermo Cabrera Infante, Antonio Campoamor González, José Luis Cano, Juan Cano Ballesta, Francisco Caudet, Chas de Cruz, Fernando Charry Lara, Julio Calviño Iglesias, Andrew P. Debicki, Ricardo Domenech, Manuel Durán, Irma Emiliozzi, Luis Fernández Cifuentes, Luis García Montero, Miguel García Posada, Ian Gibson, Alfonso Gil, Sumner Greenfield, Anthony L. Geist, Virginia Higginbotham, César Leante, Dennis A. Klein, Juan Liscano, José, Agustín Mahieu, Sabas Martín, Luis Martínez Cuitiño, Héctor Martínez Ferrer, Christopher Maurer, María Clementa Millán, José Monleón, Carlos Monsivais, Darie Novaceanu, José Ortega, Christian de Paepe, Alejandro Paternain, Michele Ramond, Antonina Rodrigo, Manuel Ruano, José Rubia Barcia, Fanny Rubio, Amancio Sabugo Abril, José Sánchez Reboredo, Gonzalo Santonja, Francisco Javier Satué, María Cristina Sirimarco, Adolfo Sotelo Vázquez, Bárbara Stawicka-Muñoz, Eduardo Tijeras, Sarah Turel, Jorge Uscatescu, José Vila-San-Juan, Marcelino Villegas y Ramón Xirau.

Poemas de: Francisca Aguirre, Manuel Alvarez Ortega, Enrique Badosa, Gastón Baquero, Pablo del Barco, Francisco Bejarano, José María Bermejo, Eladio Cabañero, Jesús Cabrera Vidal, Alfonso Canales, Pureza Canelo, Antonio Cisneros, Juan Gustavo Cobo Borda, Antonio Colinas, Rafael de Cózar, Juan José Cuadros, Javier Egea, Antonio Fernández Molina, Félix Gabriel Flores, Antonio Gamoneda, José García Nieto, Ramón de Garciasol, Jacinto Luis Guereña, Hugo Gutiérrez Vega, Antonio Hernández, Clara Janés, Santos Juan, Roberto Juarroz, Juan Liscano, Leopoldo de Luis, Joaquín Márquez, Salustiano Masó, Enrique Molina, Rafael Morales, José Emilio Pacheco, Manuel Pacheco, Luis Pastori, Antonio Pereyra, Rafael Pérez Estrada, Juan Vicente Piqueras, Pedro Provencio, Juan Quintana, Manuel Quiroga, Fernando Quiñones; Manuel Ríos Ruiz, Héctor Rojas Herazo, Mariano Roldán, Antonio Romero Márquez, Manuel Salinas, Juvenal Soto, Rafael Soto Vergés, Juan José Téllez, Alberto Tugues, Arturo del Villar y Concha Zardoya.

Precio de los dos volúmenes: 2.500 pestas, IVA incluido

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

N.º 403-405 (enero-marzo 1984)

HOMENAJE A JOSE ORTEGA Y GASSET

Arturo Ardao, Carlos Areán, Gilbert Azam, Julio Bayón, Manuel Benavides, Mario Boero Vargas, Mariano Brasa Díez, José Luis Cano, Manuel Cifo González, Patrick Dust, Máximo Etchecopar, Pelayo Fernández, José Ferrater Mora, Antonio Gallego Morell, Paulino Garagorri, Jacinto Guereña, Juan Luis Guereña, Alain Guy, Flora Guzmán, Zdenek Kourim, Julio López, Evelyne López Campillo, Enrique Lynch, José Antonio Maravall, Blas Matamoro, Franco Meregalli, Javier Muguerza, Luciano Pellicani, Xavier Rubert de Ventós, Amancio Sabugo Abril, Francisco Sánchez Blanco, José Sánchez Reboredo, Félix Santolaria Sierra, Antonio Sequeros, Eduardo Subirats, Paul Teodorescu, Jorge Uscatescu, Francisco Vega Díaz y Alfredo Wedel.

y UN TEXTO DE JOSE ORTEGA Y GASSET

Un volumen de 622 páginas

P.V.P.: 1.500 pesetas